

MINOS

REVISTA DE FILOLOGÍA EGEA

Comité de Redacción

Vassilis L. ARAVANTINOS (Thiva) · Antonín BARTONĚK (Brno)
Emmett L. BENNETT, jr. (Madison) · John CHADWICK (Cambridge)
John T. KILLEN (Cambridge) · Michel LEJEUNE (Paris) · Antonio
LÓPEZ-EIRE (Salamanca) · Olivier MASSON (Paris) · Emilio PERUZZI
(Firenze) · Giovanni PUGLIESE CARRATELLI (Roma) · Cornelis J.
RUIJGH (Amsterdam) · Martín S. RUIPÉREZ (Madrid)

Secretario de Redacción:

Thomas G. PALAIMA (Austin)

Responsable:

José L. MELENA (Atenas)



N. S. XXIV

SEPARATA

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
SERVICIO EDITORIAL - UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO
ARGITARAPEN ZERBITZUA - EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

1989

¿SINCRETISMO DE CASOS EN MICÉNICO?

1. PRINCIPIOS GENERALES

El tema del «sincretismo» de casos en micénico tiene una larga historia que se refleja en títulos de trabajos como los de P. Hr. Ilievski, «Il sincretismo dei casi in miceneo. È sincretizzato lo istrumentale con il dativo?», *SMEA* 12, 1970, pp. 88-116, y el reciente de H. Hettrich, «Zum Kasus-syncretismus in Mykenischen», *MSS* 46, 1985, pp. 111-123. Pero en el fondo artículos como éstos y como otros varios sobre la flexión micénica, varios de los cuales serán citados más tarde, lo que proponen es esto: que el micénico poseía una flexión casual más rica en casos que la del griego clásico. Poseía, según algunos, restos al menos de Instrumental; según otros, de un Ablativo.

Ciertamente, se postula que la expresión de estos casos que se proponen coincidía en ciertas formas con la de casos del sistema común: *-e* marcaría Abl. a más de D.-L., *-pi* uniría el valor I.-Abl. (previamente sincretizado) al D.-L. (así Hettrich). Otras veces, el sincretismo sería puramente gráfico: M. Lejeune («Essais de Philologie Mycénienne. XI. L'instrumental pluriel thématique», *RPb* 42, 1968, pp. 219-230) y E. Risch («Die Mykenische Nominalflexion als Problem der Indogermanischen und Griechischen Nominalflexion», *Die Sprache* 32, 1986, pp. 63-77) sospechan que el micénico tenía en sg. un I. en *-ē*, *-ā*, *-ō* que se confundía gráficamente con el D.-L. (mic. *-e*, *-a*, *-o*).

La expresión «sincretismo» es, pues, equívoca. El problema es el de si el sistema de casos micénicos es idéntico o no al del griego común. Claro que, en la primera hipótesis, puede tener algunas variaciones formales; y no es dudoso que introduce ciertas modificaciones secundarias, así el Ac. lativo en *-de*, el Abl. en *-te* (*-θεν*) y el I.-L. en *-pi*, que por lo demás reaparecen en forma más o menos exacta en Homero. En realidad, remontan a formas aglutinadas indoeuropeas que se incorporaron secundariamente a la flexión nominal.

Antes de volver sobre este tema de si existen en micénico huellas de un sistema casual más rico y arcaico que el del griego

alfabético, hemos de añadir una palabra sobre las raíces profundas de la teoría del sincretismo y de la aceptación de casos «extra». Se parte de una premisa: el IE poseía 8 casos que luego han ido sincretizando las diferentes lenguas. Y de la comprobación de que en ocasiones, ciertamente, el micénico conserva arcaísmos indoeuropeos que no se encuentran en el resto del griego. Sobre estas dos bases puede postularse como hipótesis, ciertamente, que un caso luego perdido estaba aún vivo en micénico (al menos en restos). La multiplicidad de valores de los signos alfabéticos micénicos (-o puede ser *-ōi*, *-ōi*, *-ō*, *-ō*) y la imprecisión de muchos contextos pueden inducir a buscar esos «nuevos casos».

En mi opinión no existen, salvo ciertos modestos desarrollos arriba aludidos y que luego serán considerados más despacio. Si ha habido sincretismo, esto ha sucedido en el griego común, antes del micénico. Por supuesto, el detalle micénico debe ser estudiado sobre la base de los datos. Pero querría presentar, primero, una cuestión previa.

Y es que la premisa básica, el IE de 8 casos, es muy vulnerable. Es la tradicional y es la única conocida por los micenólogos. Pero cada vez se abre paso más franco otra teoría: El sistema casual indoeuropeo más antiguo es el formado por el N., Ac., V., G. y un caso espacial que une los valores principales del D., L. e I. Podemos llamarlo D.-L.-I. o, simplemente, D. Un Abl. independiente del G. sólo se conoce en la flexión temática. Las lenguas que como el i.-i. y el bált.-esl. poseen un I. y un L., los deben a innovaciones. Y las que han desarrollado un Abl. en todas las flexiones, como el latín, también.

Por tanto, el sistema griego (y germánico, céltico, etc.) de los 5 casos representa un arcaísmo. Es en él innovación la eliminación del Abl. en la 2.^a decl. (salvo mínimos restos como delf. *φοικω*). En cuanto al mínimo desarrollo de un L. sg. en la 1.^a (*οἴκοι*, *οἴκει*) y un I. también sg. en la 2.^a y la 1.^a (*οὐπω*, *ἀμαρτηῆ*, *λάθρα*), hay que pensar que en la 2.^a declinación, que como se sabe es la más reciente y ejerció influjo sobre la 1.^a, había comenzado ya en IE la expansión de la flexión con la creación de un Abl. y, en raras palabras, de un L. y un I. En el área IE que consolidó y expandió estos casos, se partió de las mismas formas (Abl. *-ōd*, L. *-oi*, *-ei*, I. *-ō*). En alguna ocasión pudo haber desde pronto una imitación analógica en la 1.^a.

Esta teoría de un IE de 5 casos, predecesor del griego, es defendida hoy por diversos estudiosos¹. Al lado de sus trabajos colocho algunos artículos míos² que fueron también recogidos en mis *Nuevos Estudios de Lingüística Indoeuropea* (Madrid, C.S.I.C., 1988). Naturalmente, no puedo fundamentar aquí en detalle la teoría, aunque desde luego implica:

a) La creación de nuevos casos por escisión del G. y del D.-L.-I. Tuvo lugar en determinadas áreas lingüísticas y determinadas cronologías, a veces con procedimientos comunes, a veces con procedimientos independientes.

b) Esos nuevos casos podían tener a veces, como queda dicho, un precedente en ciertos desarrollos, quizá comunes a todo el IE, de la flexión temática, desarrollos luego imitados en la 1.^a y las demás.

c) Ciertas desinencias atribuidas en ésta o aquella lengua a un determinado caso de aquellos en que el D.-L.-I. se escindió, pueden ser simplemente distribuciones secundarias de variantes de una misma antigua desinencia de D.-L.-I. Así, *-ei* e *-i* no son sino dos grados apofónicos de una misma desinencia, luego clasificados en ciertas lenguas como de D. y L. respectivamente. A su vez, *-āi* y *-ā* son en los temas en *-α* simples variantes de fonética sintáctica (e igual *-āi* y *-ā* en grado \emptyset). En la 2.^a declinación la analogía de la 1.^a ha creado las variantes *-ōi*, *-ō*, *-ōi*, luego reclasificadas (pero cf. *-oi* en arc. y otros dialectos).

¹ La defienden, por ej., F. Villar, *Origen de la Flexión nominal indoeuropea*, Madrid 1974; G. H. Fairbanks, «Case inflection in Indoeuropean», *JIES* 5, 1977, pp. 105-131; W. P. Lehmann, «On earlier Stages of the Indo-European Nominal Inflection», *Language* 34, 1958, pp. 179-203 y «From phonetic facts to syntactic paradigms», en *The Indoeuropeans in the Fourth and Third Millenia*, edited by Edgar C. Polomé. Ann Arbor, Karoma Publishers, 1982, pp. 140-155; W. R. Schmalstieg, *Indoeuropean Linguistics*, The Pennsylvania State University, 1980; K. Shields, Jr., *Indoeuropean Noun Inflection: a developmental History*, The Pennsylvania State University Press, 1982. La teoría tradicional sigue apareciendo en obras como la *Lingüística Indoeuropea* de O. Szemérenyi o en el artículo de Colemann, R., «Early Greek Syncretism and the Case of the disappearing *-phi*», *Minos* 20-22, 1987, pp. 115-125.

² Sobre todo: «La flexion nominale du Grec et de l'Indoeuropéen II à la lumière de l'Anatolien», en *E. Benveniste aujourd'hui. Actes du Congrès International*, Tours 1983, pp. 1-16; «Binary and multiple oppositions in the history of Indo-European», en *Festschrift für Henry Hoenigswald*, Tübingen 1987, pp. 1-10; «On the Origins of the Indo-European Dative-Locative singular Endings», en *Languages and Cultures. Studies in honor of E. C. Polomé*, Berlin 1988, pp. 29-41. También mi *Lingüística indoeuropea*, Madrid 1975, y varios trabajos en prensa.

d) En el plural, *-s* se ha convertido en una marca de pluralización: las formas de D.-L.-I. (y, eventualmente, de los casos de aquí derivados) se explican por las de sg. adicionadas con *-s* y, a veces, con la *-i* que marca el caso en el sg. De ahí *-ασι*, *-αισ(ι)*, *-οις*, *-οισ(ι)*, entre otras formas, siendo secundaria la asignación de ciertas formas al I. y L. pl. en ai., por ejemplo.

e) Hay que contar con formas aglutinadas de valor casual muy amplio, tal *-bhi*, que sólo secundariamente se opuso como de sg. a un *-bhis* de pl. (así en atm.) y sólo secundariamente quedó reducida, a veces, al uso I. Son secundarias, igualmente, formas con valores especializados, como *-bhios* y otras.

Si esto es así, no ha habido nunca en gr. una oposición D. sg. *-ei* frente a *-i*; no ha habido uso de *-ō* (salvo mínimas huellas) y sí sólo uno indistinto de *-ōi* y *-ōi*, luego clasificados según los dialectos. Igual hay que decir de *-ā* y *-āi*. En el D.-L.-I. pl. hay multitud de elecciones y hechos analógicos, pero ninguna huella de una forma *-si* de L. ni de un I. independiente. Y la multiplicidad de usos casuales de *-φι* y su indiferencia numérica en Homero es un resto (aunque puede comportar ciertas innovaciones) de esa comunidad de los usos espaciales (D.-L.-I.) en los dos números.

Parecía necesario exponer, aunque fuera por encima, estas hipótesis para hacer más comprensibles las páginas que siguen. Remito, insisto, a la bibliografía antes citada.

Pero con ello no intento otra cosa que quitar un apoyo psicológico a la idea de encontrar en el micénico una especie de escalón intermedio entre un sistema IE de 8 casos y uno griego de 5: el sistema de 8 casos nunca existió como base del griego. Pero aunque yo esté en un error y ese sistema de 8 casos haya existido, ello no afecta a las tesis de este artículo: el micénico presenta el mismo sistema de 5 casos que el griego común, con pocas innovaciones (y con algunos arcaísmos formales, de otra parte).

Si ha habido un sincretismo —y repito que no lo creo—, éste ha tenido lugar ya en el griego común. El micénico deriva de él a este respecto igual que el resto del griego.

2. PRIMER PANORAMA DE LA FLEXIÓN NOMINAL MICÉNICA

a) Casos «normales» y casos «aglutinados»

La flexión micénica es doble. Hay que distinguir la flexión «normal» —la que luego será continuada por el griego en general— y la

flexión aglutinada con *-de*, *-te*, *-pi* con valores, respectivamente, de Lativo (*pe-re-u-ro-na-de* 'a Pleurón'), Ablativo (*a-po-te* 'de lejos', *a-ke-re-u-te* 'de Agreus') y D.-L.-I. (hemos de estudiar esto más en detalle).

Aunque son formas que están testominiadas en diversos dialectos (át. οἴκαδε, ἄπωθεν, lesb. ἔμεθεν, cir. καροφι, tes. ἐπιπατρόφιον), donde son más frecuentes es en Homero. El micénico y Homero coinciden, pues, una vez más, en un arcaísmo de raigambre indoeuropea. Aunque todos los estudiosos están de acuerdo en que se trata de ampliaciones de la flexión, de carácter semiadverbial, de las últimas fases del IE. Por lo demás, entre Homero y el micénico hay diferencias y en ellas hemos de ver innovaciones de éste:

a) La forma en *-de* se ha difundido hasta tal punto que el simple Ac. lativo sin *-de* ha desaparecido, con dos excepciones (PY Cn 3.1 *jo-i-je-si me-za-na...qo-o*, Tn 316 v. 1 *a-ke-qe wa-tu*).

b) La forma en *-te* ha hecho desaparecer a su vez, a lo que podemos juzgar, el uso Abl. del caso que, fuera de la 2.^a decl., era un G.-Abl.: no se hallan ejemplos. Ni tampoco los hay de un Abl. de la 2.^a en *-ōd* (que, de haber existido, estaría representado en mic. por *-o*): no se hallan ejemplos de *-o* en ese uso³.

c) La forma en *-pi* tiene en mic. un uso muy variado pero, aun antes de entrar en el detalle, la comparación con la lengua homérica hace comprobar dos cosas: que ha desaparecido el uso singular (a más del plural hay dual *du-wo-u-pi*, pero los ejemplos que se dan como de sg. son muy dudosos); y que, aunque no se limita al uso de I., al ser éste el predominante, ha eliminado el uso I. de las formas en *-āi*, *-ōi* y *-si*, que es habitual en griego alfabético cualquiera que sea la transcripción en el mismo de las dos primeras formas. En ambos casos se trata a todas luces de innovaciones del micénico a partir de un antiguo caso en *-bhi* anumérico y de amplio espectro casual y de otro caso local que tenía «también» valor instrumental.

³ A. Morpurgo, *Rendic. Lincei* 15, 1960, pp. 33-61 quiso interpretar así una serie de formas en *-o* que tienden a ser vistas como meras faltas de copistas. Reciben una interpretación diferente, como formas de G. y precisamente con este valor (no el de Abl.), en un trabajo mío en prensa («El Genitivo temático en *-o* del micénico y el chipriota»). La teoría de Morpurgo no ha recibido aceptación. Cf. la crítica de Hettrich, *loc. cit.*, p. 116, el cual argumenta con razón que si las cosas fueran así debería haber un uso Ablativo de los Genitivos en *o-jo*. Tanto *-o* como *o-jo* deberían presentar los valores de los casos sincretizados.

Así, la coexistencia de casos normales y aglutinados en micénico no tiene, en principio, nada de anómalo. Los segundos son: una especialización del Ac. (el lativo); una del Gen. (el Abl.); y un caso local «amplio». Ahora bien, estos casos aglutinados han recibido determinadas innovaciones y han provocado alteraciones en el sistema «normal», en la medida en que era paralelo: reducciones de uso del Ac., del Gen. y del caso local que era originariamente (y sigue siéndolo en el sg.) un D.-L.-I.

Hasta aquí, nada nuevo respecto al sistema griego más arcaico, el de Homero, salvo ciertas innovaciones en el sistema «aglutinado» que provocan de rechazo ciertas reducciones semánticas en los casos «normales».

b) *El alomorfismo en micénico*

En micénico hallamos en el sistema casual un alomorfismo más pronunciado que el del griego alfabético. Ciertamente que algunos usos alomórficos de éste no podemos precisar si se encuentran o no en micénico, dado lo impreciso de su sistema de escritura. Por ejemplo, imposible decir si el D.-L.-I. sg. de la 2.^a declinación en *-o* ha de leerse como *-ōi*, *-ō* o incluso *-ōi*. Por otra parte, nos ocupamos de los problemas de alomorfismo porque en un caso ayudan a penetrar en el problema del supuesto sincretismo de los casos en griego.

Por supuesto, alomorfismo hay en la coexistencia de formas casuales «normales» y otras «aglutinadas» para determinados usos casuales. Hemos visto que ese alomorfismo es reducido en micénico (como en griego en general aunque no de la misma forma) al perderse ciertos usos casuales del Ac. y el Gen. «normales», el caso en *-pi* de sg. (puede haber restos del mismo sin embargo, cf. M. Lejeune, «La désinence *-φi* en mycénien», *BSL* 52, 1956, pp. 197 ss.) y el uso I. del caso espacial normal del pl.

Otro ejemplo de alomorfismo, al cual he dedicado un trabajo antes mencionado («El Genitivo temático en *-o* en micénico y chipriota», en prensa). Se trata de un Gen. *te-o* 'del dios', *ke-ra-me-wo wa-na-ka-te-ro ko-to-na* 'parcela de un alfarero real', *ra-pa-to* 'en el mes Lapato', formas que aparecen al lado de las más usuales en *-o-jo*. Interpreto que estas formas, igual que otras paralelas del chipriota, son un arcaísmo que conserva la antigua identidad de N. y Gen. en los nombres temáticos. Esta identidad se conserva en hetita (*arunaš* 'mar', N. y Gen.) y está en la base de

posteriores desarrollos del Gen., que se desambigua en diversas lenguas IE con un sufijo *-osjo*, *-oso*.

Es claro que cuando junto a *-os* se creó *-osjo* la primera forma tendió a perderse. Se perdió completamente, por ejemplo, en ai. y en gr. alfabético. Pero no en micénico (ni en chipriota, aunque aquí las cosas son un poco diferentes). En mic. la forma arcaica, aunque raramente, se conservó: se mantuvo, pues, el estado de alomorfismo. Es un evidente arcaísmo del micénico, que nada añade sobre su inventario de casos, pero sí sobre la evolución de la forma del Gen. Véanse más detalles en el artículo de referencia.

El otro caso de alomorfismo al que queríamos referirnos es el más interesante. Conserva, igualmente, datos muy útiles sobre la prehistoria del sistema. Me refiero al D.-L.-I. sg. en *-ei* o *-i*.

Como bien subraya Risch (*art. cit.*, p. 66) las des. *-e* (esto es, *-ei*) e *-i* (esto es, *-i*) están entre sí en relación de alomorfismo: lo normal es *-e* (*dī-we*, *ma-te-re* 'a Zeus, a la Madre de los Dioses', *a₂-ru-wo-te* 'en Haluvón'), pero los temas en *-es* llevan *-i* (*e-u-me-de-i* 'a Eumedes', *e-ra-te-i* 'en Elatos'); si bien algunos escribas de Pilos usan *-i* en lugar de *-e* (PY Un 718.1 *po-se-da-o-ni*). También hay valores de I., véase más adelante (donde también se critica la propuesta identificación de *-e*, en algunos casos, con un I.-Abl. y de *-i*, a veces, con un L.).

El hecho es que el mic. no aporta el más mínimo dato a favor de la teoría de que *-ei* es originariamente des. de D., *-i* de L. Tampoco el griego alfabético: pero éste es menos arcaico, ha perdido *-ei* (se cita hom. *διειγενής*). La opinión que hemos sustentado en trabajos arriba citados es que (para prescindir de la etapa larín-gal) *-ei* e *-i* son en el origen finales de temas en *-i* en dos grados vocálicos diferentes: en gr. *πόλει*, *πόλι* todavía no son desinencias. Se convierten en desinencias cuando se «exportan» fuera, a otros temas (incluso a los en *-i*: *-e₂-ei* en ai. *Agnaye*). Y una segunda fase, que sólo en algunas lenguas se dio, consistió en convertir a *-ei* en des. de D., a *-i* en de L. Pero no tienen relación intrínseca alguna ni con el D. ni con el L. Cf. mi artículo «De dónde proceden las desinencias indoeuropeas de Dat.-Loc. sg.?,» recogido en *Nuevos estudios...*, *cit.*, pp. 317 ss.

Por lo tanto el griego alfabético es arcaico, pero el micénico más todavía, en cuanto conserva el antiguo alomorfismo. Ciertamente, lo condiciona de una manera nueva: no al grado vocálico de la sílaba precedente, sino al final del tema. Desde luego, nadie

ha intentado encontrar un D. y un L. independientes en mic. (ni en el sg. ni en el pl.), tampoco en griego alfabético. Si es que los ha habido, ha sido antes del griego común. Pero el alomorfismo del mic. parece aportar un argumento en contra.

3. NO EXISTE UN INSTRUMENTAL SINGULAR INDEPENDIENTE EN MICÉNICO

La teoría de que hay que buscar en *-ei* un D. y en *-i* un L., es decir, una vez más la tesis del sistema indoeuropeo de ocho casos, ha hecho buscar en el caso mic. en *-e* otro componente más, a saber, de I.: ya hemos dicho que Lejeune y Risch, entre otros, creen encontrar encubierto bajo la *-e* ese tercer componente, que supuestamente sería una antigua forma en *-ē*. Lo notable es que en el caso en *-a*, *-o* se piensa que subyacen, respectivamente, *-āi*, *-ōi*, *-ōi* y que nadie ha intentado distinguir aquí una forma de D. de otra de L. Pero los autores citados creen ver en los usos como I. de dichas formas el recubrimiento de un I. IE en *-ā*, *-ō*. Sería un caso aún existente en micénico y recubierto por la escritura.

Aquí hay que hacer una argumentación doble: una desde el punto de vista IE; otra desde el propiamente micénico.

Desde el punto de vista IE hay que decir que sólo en i.-i. y bált.-esl. se ha creado un I. independiente (en het. e ital. lo hay con valor de I. y Abl. a la vez). Y desde luego por procedimientos secundarios. En ai. por ej., hay I. *marutā*, *patyā*, en definitiva analógicos de la 2.^a decl. En lit. se usa el tema puro con *-mi*, en aesl. con *-mī* (formas aglutinadas). Y en gr., germ. y otras lenguas existe la distribución que creemos antigua: ya *-ēi*, ya *-i*, ya *-ēi*, ya tema puro funcionando como D.-L.-I. (cf. mi *Lingüística Indoeuropea*, cit., pp. 456 ss.). No es posible reconstruir una des. *-ē* de I. atemático en IE: no existe, en realidad, en ninguna lengua IE. ¿Por qué inventarlo para el mic.?

Ciertamente, algunas lenguas IE han creado en la 1.^a decl. un I. en *-ā*: la forma de tema puro (en su variante sin *-i*) se ha especializado así. Cf. véd. *āsvā*; el bált.-esl. añade a esa forma de tema puro una aglutinación *-m*. Pienso que el I. en *-ō* del ai. *vrkā* y lit. *vilkā*, de *-ō*, no representan sino especializaciones de una antigua final *-ō* o *-ōi*, sobre la analogía de la 1.^a decl. No es nada seguro que en lat. *lupo* haya que ver la fusión de un D.-L. en *-ōi* y

un I. en $-\bar{o}$. Sí se puede aceptar, quizá, que había tendencia a crear desde el propio IE formas adverbiales en $-\bar{o}$ (lat. *sacro-sanctus*, gr. οὔπω, gót. *galeiko* 'igualmente') que sirvieron de base para el desarrollo del I. en algunas lenguas.

Poca base hay, en definitiva, para postular en mic. un I. sg. en $-e$, $-a$, $-o$. Y menos si hay que salvar el escollo de que ese I. no se puede entender como una variante opcional dentro del gr. común; habría que postular en realidad, al menos para el sg. de la declinación, un esquema:

IE	
(ocho casos)	
Gr. Común A	
(seis casos)	
Micénico	Gr. Común B
(seis casos)	(cinco casos)

Es un esquema que los demás datos del gr. y del mic. (y del IE) en nada recomiendan. Pero tampoco lo recomiendan las formas en $-e$, $-a$, $-o$ del mic. Veámoslas.

Hemos dado más arriba ejemplos del uso de dichas formas casuales en las funciones de D. y L. Pues bien, se dan exactamente igual los usos de I.: *e-re-pa-te* 'con marfil', *a-di-ri-ja-te* 'con una figura humana', *a-ku-ro* 'con plata'. Es bien claro que estos instrumentos (referentes a muebles 'adornados con') se traducirían al griego alfabético con el allí llamado D., pero que es en realidad un D.-L.-I.: ἐλέφαντι, ἀνδριάντι, etc. La diferencia es sólo formal, referente a la generalización de la des. $-i$. Sin duda aquí es lo mismo. ¿Para qué inventar un fantasmático I. que nada demuestra, que además llevaría en la 3.^a decl. una des. $-\bar{e}$ en ningún lugar atestiguada y en las otras declinaciones desinencias que sólo en otras lenguas, no en griego, funcionaron como de I.?

4. EL PROBLEMA DEL INSTRUMENTAL PLURAL

A ningún filólogo sensato se le habría ocurrido esta propuesta si no fuera porque se cree probada la existencia en mic. de un I. pl. derivado de $-\bar{o}is$ y $-bhis$. A partir de aquí se cree lógico buscarlo también en sg. Yo no lo creo así: los datos no lo apoyan y el I. pl. es, en todo caso, una innovación de extensión limitada.

Recordemos los datos. A las formas que en el gr. alfabético designan el caso espacial (D.-L.-I.) de pl., a saber, $-\sigma\iota$, $-\alpha\iota\varsigma$, $-\omicron\iota\varsigma$ (y las diversas variantes de estas dos últimas formas) responden en mic. $-si$, $-ai$, $-oi$. Es para los fines de este artículo de interés secundario el decidir a qué responden exactamente las dos últimas formas (la primera es transparente): suele aceptarse, como se sabe, que remontan a $-aisi$, $-oisi$ a través de $-aihi$, $-oihi$, aunque no faltan voces que prefieren $-ais$, $-ois$ ⁴.

Pero sí es interesante comprobar que, como ya se anticipó, aquí sí que difieren el mic. y el gr. alfabético: el caso de que estamos hablando es en gr. alfabético un D.-L.-I., en mic. solamente un D.-L. El valor de I. es llevado por formas en $-pi$ ya aludidas; además en la 2.^a decl. por formas en $-o$ (en la 1.^a en una ocasión, en $-a$). Ahora bien, que $-oi$ sea $-oihi$ y $-o$ sea $-ois$, como se propone (y paralelamente en el caso de la 1.^a decl.) no puede demostrarse por razones internas. $-oi$ puede ser simplemente $-ois$, $-o$ puede ser $-\bar{o}i$, $-\bar{o}i$, $-\bar{o}$ (igual que allí donde es un singular). Y veremos que $-pi$ no es un puro I., que funciona también como L. y otros casos más en mic. y Hom.; su reducción al I. en i.-i. (ai. $-bhis$) es una innovación. Como es una innovación, sin duda, y una innovación provocada por ésta, según dijimos ya, la pérdida del valor de I. que tiene el caso llamado «Dativo» en griego alfabético.

La interpretación de $-o$, $-a$ como $-ois$, $-ais$ es, en realidad, la verdadera razón para entender $-oi$, $-ai$ como $-oihi$, $-aihi$: se busca una diferencia. Risch, p. 67, recuerda la coincidencia con el i.-i. y el bált.-esl.: el I. pl. viene de $-\bar{o}is$ en la flexión temática (ai. $-ais$, lit. $-ais$), de $-bhis$, $-mis$ en otros casos. Tanto $-o-pi$ como $-a$ serían innovaciones.

Pero un I. en $-\bar{o}is$ sólo está testimoniado por el i.-i. y el lit. (ai. $vrkais$, lit. $vilkais$): se trata de la forma $-\bar{o}i$ que conocemos (y que, curiosamente, en esas lenguas perdió el valor de I. al especializarse con esa función la variante $-\bar{o}$) adicionada con una $-s$ pluralizante. En otras lenguas (y en estas mismas fuera de la 2.^a decl.) lo que se hizo es añadir al tema puro formas aglutinadas $-bh$ o $-m$ que luego, a veces, se especializaron casualmente. El mic. $-pi$ tiene todavía (igual que el $-\phi\iota$ homérico) un vasto espectro casual. Y formas próximas como la que subyace a gót. $wulfam$ o las descendientes de $-bhos$ y $-bhis$ en celta funcionan como

⁴ Cf. por ej. Ilievski, *art. cit.*, pp. 97 ss.; Risch, *art. cit.*, p. 60 y n. 11.

D.-L.-I. Cuando hay especialización de estas formas aglutinadas en ai., bált. o esl., repartiéndose entre los distintos casos que se desgajaron del D.-L.-I., ello es a todas luces un fenómeno secundario: así la diferencia en ai. entre *-bhyas* y *-bhis*, en lit. entre *-mī* y *-mīs*. Cf. mi *Lingüística Indoeuropea, cit.*, p. 476.

Los datos del IE no son, pues, el fuerte apoyo que se piensa a favor de un I. pl. *-ōis*; en cuanto al caso en *-pi*, tiene por supuesto raíz IE, pero es más que un I.: pertenece al sistema flexional paralelo, aglutinado, que, por cierto, aparecería también en formas de sg. (arm. *gailov*, aesl. *vliċomī*, lit. *vilkū* < *-ōm*) a las cuales responde más o menos el uso sg. de *-pi* en Homero, pero no en mic., salvo quizá alguna excepción (innovación sin duda, ya lo dijimos).

Para la descripción de los hechos micénicos sigue siendo el más práctico el trabajo de Lejeune de 1968 al que hicimos referencia, por más que en parte discrepemos de la interpretación. Son bien claros I. pl. los de algunos textos como PY Ta 642.3 *e-re-pa-te-jo po-pi* 'con pies de plata' y otros de la misma serie de descriptores de mobiliario del tipo de *e-re-pa-te-jo a-di-ri-ja-pi*, *ku-ru-sa-pi e-pi-ke-re-mi-ni-ja-pi*, etc. Son también interesantes los textos de la clase Sd de Cnoso, relativos a carros, en que, con *a-ra-ru-ja* o no, se añaden I. de pl. como *a-ni-ja-pi* 'riendas', *o-po-ŋo* 'anteojeras' (se propone, pero en este punto discrepo, véase más abajo), *o-pi-i-ja-pi* 'bocados'. Hay que notar que el I. *-o-pi* es más bien raro, pero existe: cf. KN Se 1006 *e-re-pa-te-jo-pi o-mo-pi* (algún adorno del carro) y topónimos, sobre todo. Y que *-a* en vez de *a-pi* sólo se encuentra una vez: PY Ta 708.2: *to-no ku-te-se-jo e-re-pa-te-ja-pi o-pi-ke-re-mi-ni-ja-pi se-re-mo-ka-ra-a-pi ŋe-ŋi-no-me-na a-di-ri-ja-pi-ŋe*.

Comencemos por la primera declinación apoyándonos en este texto. En él aparece el participio *ŋe-ŋi-no-me-na* (esto es, $\delta\epsilon\delta\iota\omega\mu\acute{\epsilon}\nu\alpha$ a que nos estamos refiriendo). Funciona como adjetivo junto al subst. *a-di-ri-ja-pi*: el conjunto de ambas palabras se refiere a «(trono adornado) con figuras humanas esculpidas». Pero ese trono estaba adornado también con *e-re-pa-te-ja-pi o-pi-ke-ri-mi-ni-ja-pi* 'con montantes de marfil' y con *se-re-mo-ka-ra-a-pi* 'con cabezas de sirenas'. Todos los I. llevan *-pi* salvo el que nos interesa. Podría acudir para explicarlo al socorrido error del escriba. Pero es infinitamente más atractivo comparar el viejo uso IE de presentar la desinencia aglutinada en sólo una de las dos palabras de un

grupo: cf. frases védicas como (para argumentar con el I.) *vadhā-nabhir apratī* 'con armas imparables', *svayāsobhir ūtī* 'con auxiliares que tienen su propio esplendor', *āha dyubhis* 'de día en día'. Con poner la desinencia en un lugar era suficiente: la otra parte del sintagma podía ir en tema puro⁵. Creemos que ésta es la interpretación válida.

El problema es si podemos aplicarla también al caso de -o, más frecuente. Creo que sí en sus ejemplos más frecuentes: en adjetivos que van con un nombre en -pi (*e-re-pa-te-jo* seguido de *a-di-ri-ja-pi*, *e-ka-ma-pi*, *ka-ra-a-pi*, *po-pi*; *ku-ru-so* seguido de *a-di-ri-ja-pi*; *ku-te-se-jo* seguido de *e-ka-ma-pi*, sobre todo). Nótese que en un caso en que no es así y tanto el nombre como el adj. terminan en -o (*e-re-pa-te-jo a-to-ro-go*), Lejeune reconoce que el número es dudoso: para nosotros, un sg., se trata de '(adornado) con un hombre de marfil'. Como se ve, en los nombres temáticos es habitual (pero no exclusiva: cf. KN Se 1042.1 *e-re-pa-te-jo-pi o-mo-pi*) la fórmula adj. sin -pi + nombre con -pi; en los temas en -a es excepcional el adj. sin -pi.

Nótese que en Homero el uso es diferente: el I. (pero a veces es D. o L.) del nombre puede ser «normal» o con -φι y si éste lleva un adj. puede llevar igualmente -φι, pero a veces falta en el nombre (*Od.* XXI 315 *χερσίν τε βίηφι τε ἦφι*, pero también *Il.* 9.618 *ἄμα δ'ἦοι φαivoμένηφι*). Nótese que estas formas son de sg.; en el pl. -pi alterna, como queda dicho, con las formas «normales», sin duda un arcaísmo.

Pasemos a hablar del nombre. Sólo existe uno terminado en -o que haya sido interpretado como un I. pl.: varias apariciones de *o-po-go* (precedido ya de *e-re-pa-te-jo* 'de marfil', ya de *wi-ri-no* 'de cuero') en la serie Sd, de carros, de Cnosos, que ya conocemos. La palabra suele entenderse como **op-okwon* 'lo que está sobre el ojo', quizá 'anteojera', cf. Lejeune, *art. cit.* 225. Puesto que un carro lleva dos caballos, Lejeune concluye que *o-po-go* debe ir en pl.: un carro micénico debería llevar, en su equipo, cuatro anteojeras.

Ahora bien, el sentido de la palabra es problemático y choca, precisamente, con el hecho de que, siguiendo normas por lo demás sin excepción del dialecto micénico, *wi-ri-ni-jo o-po-go*, etc.,

⁵ Cf. sobre todo esto Haudry, *op. cit.*, pp. 4 ss., así como mis *Nuevos Estudios...*, *cit.*, pp. 304 ss.

son Instrumentales singulares. ¿Cómo construir un I. pl. sobre el testimonio de un solo nombre de sentido dudoso? ¿Cómo admitir la existencia independiente en mic. de un I. sg. derivado de IE *-ōis* a partir de un argumento tan pobre?

Porque los adjetivos plurales en *-o* coordinados con nombres en *-pi* son otra cosa. Sólo al lado de esta forma en *-pi* aparecen, sólo a su lado pueden interpretarse. Y *-pi* se añade, como hemos visto (y veremos aún), a un tema puro.

Otro problema es el de cómo interpretamos, en definitiva, la *-o* final de los adjetivos en cuestión. Puede ser simplemente la vocal temática: se trataba del tema puro abstraído del conjunto de la declinación (como en Hom. θεόφι, fót. *wulfam*, aesl. *rabomi*, etc.), sin duda por analogía de los temas puros de la 1.^a y 3.^a declinaciones. Pero más verosímelmente la *-o* era ni más ni menos que el *-ōi*, *-ōi* o *-ō* del D.-L.-I. sg.: esta forma servía de paralela al caso en *-pi*, que al estar presente en una palabra concordante la pluralizaba. En todo caso, *-o* es un uso anumérico pasado a numérico de un modo u otro. Anuméricos eran también los temas puros de vario uso casual que fueron llevados en mic. al pl. y al I., adicionados con *-pi*: *po-pi*, *a-ni-ja-pi*. Anuméricas eran, también, sin duda, en el origen, las formas luego de sg. de que ya hemos hablado *-āi*, *-ōi* o *-oi*, *-ō*. La aglutinación de *-pi* (*-a-pi*, *-o-pi*) las hacía plurales.

Todo esto implica una serie de consecuencias. Una, que las formas en *-o* pluralizadas que acompañaban a otras concordantes en *-pi* sólo pueden llamarse de I. porque ese *-pi*, en los escasos ejemplos que poseemos de una serie de Pilo y otra de Cnoso, funciona como I. Sin duda en usos locales del mismo, en topónimos, un adjetivo concordante en *-o* tendría igualmente valor local. Pues en sí no tiene una relación específica con el I., aparece en sg. en el caso espacial en sus distintos valores. Solamente, no se dan frases con un L. en *-pi*, por ejemplo, y un adj. en *-o*. Otra consecuencia: si *-o* no expresa el I. pl., queda abierto el problema de cómo era expresado este caso.

En principio, sobre la base del griego posterior puede pensarse que han debido usarse con este fin las mismas formas en *-ai*, *-oi*, *-si* que conocemos, que serían entonces, también en mic., de D.-L.-I. Pero no hay datos a favor: y en la 1.^a y 3.^a declinaciones aparecen formas en *-pi*, que tienen el valor I. junto al de L. Pues bien, también en la 2.^a hay *-o-pi*: *e-re-pa-te-jo-pi*, *o-mo-pi*, los

topónimos *ma-ro-pi* y *mo-ro-ko-wo-wo-pi*. Nótese que estos dos topónimos funcionan como L. pl. y que el segundo contiene el nombre *wo-wo* 'frontera'. Nada de extraño: prescindiendo de los nombres temáticos en $-\phi\iota$ del dialecto homérico, los hallamos también, en formas aglutinadas de sg. o pl., en lenguas como el arm. (I. sg. *gailov*, pl. *gailovk'*) aegl. (I. sg. *vlikomi*), gót. (D.-L.-I. *wulfam*), etc.

O sea que, en definitiva, sólo en muy escasa medida puede hablarse de un I. pl. independiente en mic.: las formas en *-pi* desempeñan este papel y eliminan de él, a lo que podemos saber, al antiguo D.-L.-I.; aunque ya hemos anticipado que el valor de I. no es el único que tienen, hay pues una duplicidad o alomorfismo para el D. y L. Y paralelas a las formas en *-pi* son las escasas en *-o* y *-a* pluralizadas y reducidas a su valor casual de I. en cada pasaje concreto por las primeras.

En suma, a operar sobre un $-\bar{o}is$ no testimoniado en gr. prefiero proponer que mientras que en la 2.^a decl. el I. (con otros valores casuales además) en *-pi* obtuvo una generalización completa, en la 1.^a y 2.^a al lado de las formas «largas» con *-pi* subsistieron formas «cortas» que son, simplemente, formas de sg. usadas como de pl. o, mejor, originariamente, formas anuméricas. Es éste un arcaísmo indoeuropeo de que hemos hablado y que sin duda llegó al gr. común, conservándose sólo en mic. En el alfabético se perdió.

Así quedó, en la flexión del pl. del mic., un estado bastante confuso. Las formas «normales» del caso local de pl. se redujeron al uso de D.-L. Las aglutinadas, a un uso en parte de I., en parte más amplio, que se cubría parcialmente con el anterior. Y ciertas formas de sg. pudieron funcionar en pl. con igual significado que las con *-pi* con que iban en concordancia.

5. EL SUPUESTO ABLATIVO MICÉNICO

Ya hemos anticipado que existe una teoría que quiere hallar en micénico restos del antiguo Abl.: así se interpretan en el sg. ciertos D.-L.-I. en *-e* y en pl. algunos en *-pi*.

Es una teoría que arranca de trabajos de Ilievski, alguno ya citado, y continúa hasta el último trabajo de Risch también citado

arriba⁶. Realmente, no se comprende bien la aceptación que ha tenido y sigue teniendo.

Se apoya en ciertos topónimos en *-e-e* de temas en *-s* que vendrían de forms IE en *-ē* de valor I.-Abl.; así como en formas de pl. en *-pi* que a veces se emparejan con las primeras y que serían, según Hettrich, «Instrumentale in Ablativischer Funktion». Con esta extraña formulación se evita, al menos, postular Ablativos independientes: en IE nunca los hubo salvo para los temas temáticos de la 2.^a declinación en el sg. Pero no es menos extraño el supuesto I. o I.-Abl. *-ē*: la verdad es que no tiene el más mínimo apoyo en IE.

El mismo Risch, p. 69, se pregunta si un par de formas en que un topónimo lleva ya *-e-e* ya *-e-i* (*e-re-e* y *e-re-i*, *ti-mi-to-a-ke-e* y *ti-mi-to-a-ke-i*) son suficientes para postular dos casos diferentes, un I.-Abl. y un D.-L. Yo diría que el caso en *-ei* nunca tuvo valor en Abl. en IE. Y que el en *-pi* tampoco parece haberlo tenido. En Homero se ha postulado, desde luego, pero si lo tiene alguna vez es en una medida cortísima, casi siempre con preposición, mientras que los usos de I. y L. (y aun de D.) están bien testimoniados⁷. Si en el uso Abl. existe, es una derivación secundaria. En IE el Abl., es bien sabido, estaba ligado al G., salvo en el sg. de la flexión temática.

Si el punto de vista comparativo es adverso para la teoría, la consideración de los datos micénicos lo es también. La gran argumentación de que hay tablillas con topónimos en *-e* como los citados y otros en *-pi* como *pa-ki-ja-pi* y otras tablillas con *-i* y *-si* (*pa-ki-ja-si*) no lleva a ninguna parte: es mínimo y no sistemático el *dossier* de las formas de sg. referidas, que pueden ser sinónimas igual que, por supuesto, las de pl. También en Homero alternan formas en *-σι* y *φι* con valor locativo. El tratar de buscar dialectos absolutamente coherentes y distinción semántica en cuanto la hay formal, es un simple vicio filológico difícil de desarraigar.

⁶ Véase más bibliografía en un artículo de A. Morpurgo que la combate fuertemente («An Instrumental-Ablative in Mycenaean?», *Proc. of the Cambridge Coll. on Myc. Studies*, Cambridge 1966, pp. 191-202, cf. p. 191, n. 2; en Hekkert, *art. cit.*, p. 120, n. 2. Añádanse este último artículo y el de Risch ya citados. También bibliografía y alguna rectificación a Ilievski (sobre la supuesta aceptación de su teoría por Chadwick) en P. Nieto, «Un problema de la lengua homérica: la desinencia *-φι*», *Emerita* 55, 1987, pp. 277 s. y notas.

⁷ Cf. P. Nieto, *art. cit.*, p. 297.

Por otra parte, el estudio de las tablillas en cuestión no certifica el uso Abl. de las formas de referencia. Ni siquiera en el tan citado *do-e-ro pa-te ma-te-de ku-te-re-u-pi* de PY An 607.2, que es el que más ha impresionado: la madre en cuestión puede vivir en K. o haber nacido en K., fórmula topónimo en *-e* o *-pi* + *ko-re-te* + bronce, etc., no hay por qué entenderla como 'desde X el funcionario contribuye...', basta con 'en X. El funcionario...' o 'el funcionario en (de) X...'

En términos generales hay que aceptar que los topónimos iniciales de las tablillas pueden estar indiferentemente en N. o en L., lo mismo que nosotros decimos «Madrid, tantos de octubre...» o «en Madrid, a tantos de octubre...». Esto se aplica también a tablillas como PY Ma 123 *ti-mi-to-a-ke-e* *146 24, que no es 'desde T.: producto *146, piezas 24', sino 'T.' (es decir: entrada relativa a T.), siguiendo la relación de producto y piezas.

El hecho es que hay datos abundantísimos de L. de sg. y pl. como parte del mismo caso D.-L.-I. (sg. en *-ei*, *-i*, pl. en *-pi*), ni más ni menos que en Homero. Y ello es coherente con el uso IE. Ni siquiera faltan en mic. topónimos en *-ai*, *-oi*, *-si*, aunque sean raros; y, como ya apuntaba Morpurgo (*art. cit.*, p. 197), no se encuentra diferencia entre *pa-ki-ja-si* y *pa-ki-ja-pi*, *pa-ra-i* y *pa-ra-pi*.

No hay, pues, necesidad de inventar, sin base comparativa y con datos micénicos interpretables de otro modo, un caso Abl. del mic., ni siquiera una extensión «Ablativa» de un I. que en la medida en que existe es tan sólo uno de los usos de la flexión aglutinada en *-pi*, reducida al pl. La verdad, de otra parte, es que el mic. no parece conocer usos de *-pi* correspondientes a algunos de Homero (D., G., Ac., quizá Abl.) que parecen extensiones y que lo ha reducido (aunque se proponen excepciones) al pl.

6. CONCLUSIONES

Lo que hemos intentado en este artículo es desmitificar la declinación micénica, considerada a veces como un intermedio entre la del IE y la del gr. común; dotada, por encima del número de casos de éste, al menos de un I. (pues el propuesto Abl. se queda al final en una especie de extensión semántica del I.).

Creemos que el mic. poseía un sistema de 5 casos, el mismo del gr. alfabético: ambos lo heredaron del gr. común. Puede con-

servar el mic. algunos arcaísmos formales en el capítulo del alomorfismo (G, en *-os*, D.-I. en *-ei*, *-i*, formas de sg. usadas como de pl. cuando concordaban con formas en *-pi*, las mismas formas aglutinadas) y haber sufrido algunas reducciones (la pérdida del Abl. del sg. de la 2.^a y de usos Ablativos en general; el raro uso del D.-L.-I pl. con valor I.) debido a la competencia de las formas aglutinadas.

Bien poca cosa en definitiva. Si ha habido sincretismo de casos indoeuropeos, éste estaba ya realizado antes del micénico, en gr. común. Si no lo ha habido y el sistema de los 5 casos es arcaico, como pensamos, el mic. no hace sino participar de ese arcaísmo. Añadiendo, ciertamente, algún arcaísmo formal que en otros dialectos se perdió. Y yendo a la par de Homero en cuanto a la flexión aglutinada, aunque con algunas diferencias. Pero creó algunas innovaciones, en parte por la presión de dicha flexión aglutinada: innovaciones que, por supuesto, no se reencuentran fuera de aquí.

Todo sobre la base de los cinco casos, uno de ellos el D.-L.-I. Y de la coexistencia del sistema normal y el aglutinado, que crea casos Lativo, Ablativo e I.-L., siendo este alomórfico del D.-L.-I. «normal» para una parte de su espectro sintáctico. No del D., al que no alcanza la flexión aglutinada, como tampoco al N. ni G. Del V., por supuesto, no tenemos datos: nos limitamos a suponer su existencia.

28014 *Madrid*
Duque de Medinaceli, 4
Instituto de Filología, C.S.I.C.

FRANCISCO R. ADRADOS